

te ó la suya de mañana no faltará. Grande esfuerzo é placer dió el rey Arábigo á aquellos señores, é así como lo él dijo é prometió lo otorgaron todos; é luego mandaron traer de sus provisiones muchas que traian, é hicieron comer é beber á todas sus gentes, esforzándolos para el combate, é diciéndoles que al cabo tenían para ser ricos é bienaventurados, si por su poco corazon no lo perdiesen. Esto fecho, Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya, con la mitad de la gente, se pasaron del cabo de la villa, y el rey Arábigo é la otra quedó á la otra parte, y luego se aparearon todos y aparejaron para combatir en oyendo el son de las trompas. El rey Lisuarte así como en la villa fué no quiso holgar, que bien su perdimiento; é aunque conocia estar en parte donde mucho tiempo defender no se podía, acordó de poner todas sus fuerzas fasta el cabo de la mala ventura, é morir como caballero antes que ser preso de aquellos tanto sus enemigos mortales; é cuanto comió algo que los de la villa le dieron, é á los suyos, luego repartió todos los caballeros con los de la villa en las partes del muro donde mas flaqueza estaba, amonestándoles é diciéndoles que, despues de Dios, la salud é vida estaba en el defendimiento de sus manos é corazones; pero ellos eran tales, que no habian menester quien buenos los ficiese; que cada uno por sí esperaba morir como el Rey su señor.

Pues así estando como oides, los enemigos se vinieron de rendon al combate con aquel esfuerzo que los vencedores suelen tener, é sin ningun temor, cubiertos de sus escudos, é sus lanzas en las manos, las que sanas podieron haber, é los otros con sus espadas, y los ballesteros é archeros á sus espaldas, llegaron al muro, los de dentro los rescibieron con muchas piedras é saetas, así de ballesteros como de archeros; é como la cerca era muy baja y en algunos lugares rota, así se juntaron los unos con los otros como si en el campo estoviesen; mas con aquel poco de defensa que los de dentro tenían, y mas con su gran esfuerzo, se defendieron tan bravamente, que los contrarios, perdido aquel ímpetu é arrebatamiento con que llegaron, luego los mas comenzaron á alfojar y desviábanse, é otros se combatian reciamente, de manera que de ambas las partes hobo muchos muertos y feridos. El rey Arábigo é todos los otros capitanes, que á caballo andaban, nunca cesaban de meter la gente delante, y ellos llegaban á la cerca sin ningun recelo porque los suyos llegasen, y desde los caballos daban con las lanzas á los de encima del muro; así que, en muy poco estuvo el rey Lisuarte de ser entrado; mas quisole Dios guardar, en que la noche vino con grande escuranza. Estonces la gente se tiró afuera, porque les fué mandado, é curaron de los feridos, é los otros se repartieron al derredor de la villa, é pusieron muy gran guarda, é bien se tenían por dicho que otro dia al primero combate era despachado el negocio, como lo fué.

Mas agora vos contarémos lo que Amadís é sus compañeros hicieron, despues que del rey Perion se partieron, en socorro deste rey Lisuarte.

## CAPITULO XXXVI.

Cómo Amadís iba en socorro del rey Lisuarte, y lo que le conteció en el camino antes que á él llegase.

Contado vos hemos ya cómo aquel muy fermoso doncel Esplandian con gran priesa llegó al real del rey Perion, é hizo saber á Amadís de Gaula la grande afrenta y peligro en que el rey Lisuarte, su señor, estaba, é cómo luego el rey Perion con toda la gente movió en su acorro, trayendo la delantera Amadís con aquellos caballeros que ya oistes. Pues agora vos dirémos lo que hicieron. Amadís, despues que de su padre se apartó, se aquejó mucho por llegar á tiempo que por él podiese ser hecho aquel socorro, é su señora Oriana conociese cómo, con razon ó sin ella, siempre la tenia delante sus ojos para la servir. Et por gran priesa que á la gente dió, como el camino era largo, que desde donde él partió fasta el real donde el rey Lisuarte habia estado cuando las grandes batallas hobieron, habia cinco leguas, y desde allí fasta la villa de Luvaina ocho; así que, eran por todas trece leguas; no pudo tanto andar, que la noche no le tomase á mas de tres leguas de la villa, é con la gran escuridad, é porque Amadís mandó á las guias que se acostasen siempre á la parte de la montaña, por atajar al rey Arábigo que se le no pudiese acoger á algun lugar fuerte, erróse el camino, que las guias desatinaron é no sabian dónde ir, ni si habian pasado la villa ó si la dejaban atrás; lo cual dijeron luego á Amadís; é como lo oyó hobo tan gran pesar, que se queria todo desfacer de congoja; é como quiera que él fuese el hombre del mundo mas sofrido y que mejor sabia sojuzgar su saña en cualquiera cosa de pasion, no se pudo estonces tanto refrenar, que se no maldijese muchas veces á él é á su ventura, que tan contrária le era, é no habia hombre que le hablar osase. Don Cuadragante, á quien tambien mucho pesaba por el rey Cildadan, que él mucho amaba, é con quien tanto deudo tenia, se llegó á él é díjole: « Buen señor, no tomeis tanta congoja, que Dios sabe cuál es lo mejor, é si él es servido que por nosotros este beneficio se faga á aquellos reyes y caballeros tanto nuestros amigos, él nos guiará; é si su voluntad no es, ninguno tiene poder de hacer otra cosa.» E ciertamente, segun lo que despues ocurrió, si aquel yerro no hobiera, no se diera tal salida ni tan honrosa para ellos, segun se dió, como adelante oirédes. Pues así estando parados, y que no sabian qué se facer, preguntó Amadís á las guias si la montaña estaba cerca, é dijéronle que creían que sí, segun ellos habian siempre guiado, acostándose hácia ella, como les él mandara. Estonces dijo á Gandalin: « Toma uno destes guias é trabaja por fallar alguna cuesta, é sube en ella; que si la gente en el real está, fuegos ternán, é atina bien si algo vieres.» Gandalin así lo fizo, que como la sierra á la mano siniestra estoviese, no hicieron sino andar todavía por aquella mano, é á cabo de una pieza falláronse al pié de la montaña, é Gandalin subió cuanto más pudo, é miró ayuso á la parte de lo llano, é vió luego los fuegos de la gente, de que hobo muy gran placer, é llamó á la guia é mostróselos, é díjole si sabia allí atinar; él dijo que sí.

Estonces se tornaron á mas andar donde Amadís é la gente estaba, é contáronlelo, de que hobo gran placer, é dijo: « Pues que así es, guiad é andemos lo mas presto que ser pueda, que ya gran pieza de la noche es pasada.» Así fueron todos tras la guia lo mas ordenadamente que pudieron; que ellos no sabian del rey Perion, ni él dellos, mas de cuanto seguia el rastro. Tanto andovieron y se acercaron á la villa, que vieron los fuegos del real, que eran muchos, é si delló les plugo no es de contar, especialmente aquel esforzado de Amadís, que en toda su vida nunca tanto en cosa se deseó fallar, porque el rey Lisuarte conociese que él era siempre el reparo de todas sus afrentas, y que, despues de Dios, por él se aseguraba su vida é todo su estado; que bien cuidaba que de vencido ó muerto desta no podia escapar, segun la poca gente suya é la mucha de sus contrarios, y que sin le ver ni fablar se tornaria. Ya á esta hora comenzaba á romper el alba, é aun estarian de la villa una legua. Pues el dia venido, el rey Arábigo y todos aquellos caballeros se aparejaron para el combate con muy gran esfuerzo é placer; é como armados fueron, llegaron todos al muro é á los portillos de la cerca; mas el rey Lisuarte con los suyos se los defendia muy bravamente; mas al cabo, como la gente era mucha y esforzada con la próspera fortuna, é los del Rey pocos, y los mas dellos heridos y desmayados, non podieron tanto resistir ni defender, que los contrarios no los entrasen por fuerza con muy grande alarido; así que, el ruido era muy grande por las calles, por las cuales el Rey é los suyos se defendian reciamente, y desde las ventanas les ayudaban las mujeres é mozos, é otros que no eran para mas afrenta de aquella. La revuelta de las cuchilladas é lanzadas y pedradas era tan grande, y el sonido de las voces, que no habia persona que lo viese que mucho no fuese espantada.

Como el rey Lisuarte é aquellos caballeros sus criados se vieron perdidos, como ya en mas toviesen ser presos que muertos, no se os podrian decir las maravillas grandes que allí ficiéron é los duros golpes que daban, que los contrarios no osaban llegar á ellos, sino con la fuerza de las lanzas é piedras los iban retrayendo. Pues el rey Cildadan, é Arquisil, é Flamíneo, é Norandel, que á la otra parte del rey Arábigo se fallaron, podeis bien creer que no estarian de balde; y con estos fué una brava batalla, que el rey Arábigo entró en la villa, é Arcalaus con él, y llevaron consigo los seis caballeros de la insola Sagitaria, que ya decir oistes, los cuales siempre el Rey tenia cabe sí que le aguardasen; é como vió la cosa en tal estado, envió los dos dellos por una traversa de una calle á la parte donde Barsinan y el duque de Bristoya peleaban, y los otros cuatro metió consigo por aquella parte del rey Cildadan, é díjoles: « Agora, mis amigos, es tiempo de vengar vuestras sañas é la muerte de aquel noble caballero Bron-tajar Danfania, que veis ende los que le mataron; ferid en ellos, que no tienen defensa ninguna.»

Estonces estos cuatro caballeros, como se fallaron libres del Rey, ponen mano á sus cuchillos grandes y fuertes, é con gran furia pasaron por todos los suyos, apartándolos y derribándolos por el suelo, fasta que

llegaron adonde el rey Cildadan é sus compañeros estaban, el cual, como los vió tan grandes y desmesurados, no era tan ardid ni esforzado, que mucho temor no hobiese, é luego dijo á los suyos: « Ea, señores, que con estos es la muerte bien empleada; pero sea de tal suerte, que, si podiere ser, ellos vayan ante nos.» Estonces van unos á otros tan cruda é tan bravamente como aquellos que no deseaban otro medio sino morir ó matar. El uno destes llegó al rey Cildadan é alzó el cuchillo por le dar por encima del yelmo, que bien pensó de le facer dos pedazos la cabeza. Y el Rey, como vió el golpe venir, alzó el escudo, en que lo rescibió, é fué tan grande, que la espada entró por él fasta el medio, y le cortó el arco é cerco de acero, é al tirar del cuchillo no lo pudo sacar, y llevó el escudo tras él. El rey Cildadan, como era de gran esfuerzo, é muchas veces se habia visto en tal menester, non perdió aquella hora el corazon ni el sentido, antes le dió con su espada en el brazo, que con el peso del escudo no le pudo tan presto tirar á sí, é cortóle la manga de la loriga y el brazo todo, sino en muy poco que quedó colgado, é cayó á sus piés, el cuchillo metido por el escudo. Este se tiró afuera como hombre tollido; así el Rey ayudó á sus compañeros, que con los tres se combatian bravamente, é así con el golpe que aquel dió como con su ayuda, los otros desmayaron ya cuanto; de manera que por aquella parte se defendia la calle muy bien sin recibir mucho daño, aunque el rey Arábigo estaba tras ellos, dándoles voces que no dejasen hombre á vida. Los otros dos caballeros que por la otra parte fueron llegando á la pelea, y en su llegada fué el rey Lisuarte é los suyos retraidos fasta la traversa de otra calle, donde algunas de sus gentes estaban sin pelear porque no cabian en la calle, é allí se detuvieron; mas todo no valja nada: que tanta gente cargaba por todas partes sobre ellos y les tomaban las espaldas, que si Dios por su misericordia no socorriera con la venida de Amadís, no tardaran media hora de ser todos muertos y presos, segun las heridas tenían é las armas todas fechas pedazos; pero aunque todo estoviera sano y reparado no montaba nada, que ya eran vencidos é muertos, que por tales ellos mismos se contaban; mas á esta hora llegó Amadís é sus compañeros con aquella gente que ya oistes; que despues que el dia vino aguijó cuanto pudo, porque ante que se aperciesen los podiesen tomar. E como llegó á la villa é vió la gente dentro, é otros algunos que andaban de fuera, dió luego é tornó al derredor, é firieron é mataron cuantos podieron alcanzar, y él por una puerta é don Cuadragante por la otra entraron con la gente, diciendo á grandes voces: « Gaula, Gaula; Irlanda, Irlanda;» é como fallaban las gentes desmandadas é sin recelo, mataron muchos, é otros se les encerraron en las casas.

Los delanteros que peleaban oyeron las voces y el gran ruido que con los suyos andaban, é los apellidos; luego pensaron que el rey Lisuarte era socorrido, é desmayaron mucho, que no sabian qué facer, si pelear con los que tenían delante ó ir socorrer los otros. El rey Lisuarte, como aquello oyó, é vió que sus contrarios alojaban, cobró razon, é comenzó á esforzar los suyos,

é dieron en ellos tan bravamente, que los llevaron hasta dar en los que venían huyendo de Amadís é de los suyos; así que, no tovieron otro medio sino poner espaldas con espaldas y defenderse. El rey Arábigo é Arcalaus, como vieron la cosa perdida, metiéronse en una casa; que no tovieron esfuerzo para morir en la calle, mas luego fueron tomados y presos. Amadís daba tan duros golpes, que ya no hallaba quien lo esperase, sino fueron aquellos dos caballeros de la insola Sagitaria, que ya oistes que á aquella parte peleaban, que vinieron para él; y él, aunque los vió tan valientes como la historia lo ha ante dicho, no se espantó dellos, antes alzó la su muy buena espada, é dió al uno dellos tan gran golpe por cima del yelmo, que aunque muy fuerte era, no tovo poder que no hincase las rodillas ambas en el suelo; é Amadís, como así lo vió, llegó recio é dióle de las manos, é hizole caer de espaldas, é pasó por él, é vió cómo don Florestan, su hermano, é Angriote de Estravaus habian derribado al otro é dejado en poder de los que detrás venían; é pasando todos tres donde estaba Barsinan y el duque de Bristoya, los cuales fueron luego rendidos, que Barsinan se vino á abrazar con Amadís, y el duque de Bristoya con don Florestan, porque el rey Lisuarte los apretaba de manera, que ya no habia en ellos sino la muerte, é demandáronles merced.

Amadís miró adelante é conoció al rey Lisuarte, é como vido que por allí no habia con quién pelear, tornóse lo mas que pudo por donde habia venido, é llevó consigo á Barsinan é al Duque, é quiso ir á la parte donde habia entrado don Cuadrágante, é dijéronle cómo ya habia despachado el negocio, y que tenia presos al rey Arábigo é á Arcalaus. Como esta nueva supo, dijo á Gandalin: «Vé, di á don Cuadrágante que yo me salgo de la villa, y que pues esto es despachado, que será bien que nos vamos sin ver al rey Lisuarte.» E luego fué por la calle hasta que llegó á la puerta de la villa por donde habia entrado, é hizo cabalgar la gente que con él iba, é él cabalgó en su caballo. El rey Lisuarte, como tan presto vió el socorro de su vida, é sus enemigos muertos é destrozados, estaba de tal manera, que no sabia qué decir, é llamó á don Guilan, que cabe sí tenia, é dijole: «Don Guilan, ¿qué será esto? ó ¿quién son estos que tanto bien han hecho? — Señor, dijo él, ¿quién puede ser sino quien suele? No es otro sino Amadís de Gaula, que bien oistes cómo nombraban su apellido, é bien será, Señor, que le deis las gracias que merece.» Entonces el Rey dijo: «Pues id vos adelante, é si él fuere, deteneldo; que por vos bien lo hará, é yo luego seré con vos.»

Etonces fué por la calle, é cuando don Guilan llegó á la puerta de la villa, luego supo que era Amadís, é ya habia cabalgado é se iba con su gente, que no quiso esperar á don Cuadrágante porque lo no detoviese, é don Guilan le dió voces que tornase, que estaba allí el Rey. Amadís, como lo oyó, hobo gran empacho, que conoció muy bien aquel que lo llamaba, á quien él preciaba mucho é lo amaba; é vió al Rey cabe él estar, é volvió, é cuando fué mas cerca miró al Rey, é tenia todas las armas despedazadas y llenas de sangre de sus heridas, é hobo gran piedad de así lo ver; que aunque su discordia tan crecida fuese, siempre tenia en la memo-

ria ser este el mas cuerdo, mas honrado é mas esforzado rey que en el mundo hobiese; é como fué mas cerca descabalgó del caballo, é fué para él, é fincó los hinos é quisole besar las manos, mas él no las quiso dar, antes lo abrazó con muy buen talante é lo alzó suso. Estonces llegó don Cuadrágante, que tras Amadís venia, y el rey Cildadan é otros muchos con ellos, que salian por detener á Amadís que se no fuese hasta que viese al Rey; y llegaron él é don Florestan é Angriote á le besar las manos. Amadís se fué al rey Cildadan, é abrazáronse muchas veces. ¿Quién vos podria contar el placer que todos habian en se ver así juntos con destruicion de sus enemigos? El rey Cildadan dijo á Amadís: «Señor, tornadvos al Rey, é yo quedaré con don Cuadrágante, mi tio.» Y él así lo hizo. Estando en esto llegó Brandoibas con gran afán, que muchas heridas tenia, é dijo al Rey: «Señor, los vuestros é los de la villa matan tantos de los contrarios que se metieron en las casas, que todas las calles andan corriendo arroyos de sangre; é aunque sus señores aquello mereciesen, no lo merecen los suyos; por ende mandad lo que se haga en tan cruda destruicion.» E Amadís dijo: «Señor, mandaldo remediar; que en las semejantes afrentas é vencimientos se muestran é parecen los grandes ánimos.» El Rey mandó á Norandel, su hijo, é á don Guilan que fuesen allá é no dejasen matar de los que vivos hallasen; pero que los tomasen á prision é los pusiesen á buen recaudo; é así se hizo. Amadís mandó á Gandalin é á Enil que con Gandales, su amo, pusiesen recaudo en el rey Arábigo, é Arcalaus, é Barsinan y el duque de Bristoya, y se no partiesen dellos; é así lo hicieron. El rey Lisuarte tomó por la mano á Amadís é dijole: «Señor, bien será, si á vos ploguiere, que demos orden de descansar é folgar, que bien nos hace menester, y entremos á la villa, é sacarán la gente muerta.» E Amadís le dijo: «Señor, sea la vuestra merced de nos dar licencia porque nos podamos con tiempo tornar yo y estos caballeros al rey Perion, mi señor, que con toda la otra gente viene. — Por cierto esa licencia no vos daré yo; que aunque en virtud ni esfuerzo ninguno os pueda vencer, en esto quiero que seais de mí vencido, y que aquí esperemos al Rey vuestro padre; que no es razon que tan brevemente nos partamos sobre cosa tan señalada como agora pasó.» Entonces dijo al rey Cildadan: «Tened este caballero, pues que yo no puedo.» El rey Cildadan le dijo: «Señor, haced lo que el Rey vos ruega con tanta afición, y no pase por hombre tan bien criado como vos tal descortesía.» Amadís se volvió á su hermano don Florestan, é á don Cuadrágante, é á los otros caballeros, é dijoles: «Señores, ¿qué faremos en esto que el Rey manda?» Ellos dijeron que lo que él por bien toviese. Don Cuadrágante dijo que, pues allí habian venido para le ayudar y servir, y en lo mas lo habian fecho, que en lo menos se ficiese. «Pues que á vos, Señor, vos parece, así se haga como lo mandais,» dijo Amadís. Entonces mandaron á la gente que descabalgasen é pusiesen los caballos por aquel campo, é buscasen algo de comer.

Estando en esto, vieron venir al rey Arban é á don Grumedan, que las guardas que los tenian los habian

dejado, é traian atadas las manos, é fué maravilla cómo los no mataron. Cuando el Rey los vió hobo gran placer, que por muertos los tenia, é así fuera, sino por el socorro que vino. Ellos llegaron y besáronle las manos, é luego fueron á Amadís con aquel placer que podeis pensar que habrian los mayores amigos suyos que se podrian hallar. Todos dijeron al Rey que tomase consigo aquellos caballeros y se aposentase en el monesterio fasta que la villa fuese despachada de los muertos. Estando en esto, llegó Arquísil, que habia dado recaudo á Flamíneo, que estaba mal herido, é como vió á Amadís, le fué á abrazar, é dijole: «Señor, á buen tiempo nos acorristes; que si algunos de los nuestros nos habeis muerto, otros muchos mas habeis salvado.» Amadís le dijo: «Señor, mucho placer recibo en vos le dar á vos, que podeis creer y estar seguro de mi voluntad que sin engaño vos amo.» Pues queriendo ir el rey Lisuarte al monesterio, vieron venir las batallas de la gente que el rey Perion traia, que venian á mas andar, é don Grumedan dijo al Rey: «Señor, buen socorro es aquel, mas si el primero se tardara tardárase así nuestro bien de todo punto.» E el Rey le dijo riendo y de buen talante: «Quien se pusiese con vos, don Grumedan, en debate sobre las cosas de Amadís, si son bien hechas ó no, muy luenga demanda seria para él, é mayor el peligro que dende le vernia.» E Amadís dijo: «Señor, gran razon es que todos los caballeros amemos é honremos á don Grumedan, porque él es nuestro espejo é guia de nuestras honras, é porque sabe él con qué obediencia faria yo lo que él mandase me quiere bien, é no porque de mí haya recibido ninguna obra buena, sino la buena voluntad.» Así estaban con mucho placer, aunque algunos dellos con hartas heridas; pero todo lo tenían en nada en ser escapados de aquella muerte tan cruel que ante sus ojos tenían. El rey Lisuarte demandó un caballo, é dijo al rey Cildadan que tomase otro, y que irian á rescebir al rey Perion. Amadís le dijo: «Señor, por mejor habria, si por bien lo toviédes, que descanséis y curen de vuestras heridas; que el Rey mi señor no dejará de venir su camino hasta vos ver.» El Rey le dijo que en todo caso queria ir. Entonces cabalgó en un caballo, y el rey Cildadan é Amadís en los suyos, é fueron contra donde el rey Perion venia. Amadís mandó á toda su gente que estuviesen quedos fasta que él volviese, é Durin que pasase adelante dellos, é hiciese saber á su padre la ida del rey Lisuarte. Así fueron, como oídes, é muchos de aquellos caballeros con ellos, é Durin andovo mas y llegó á las batallas, y en las delanteras le dijeron cómo el Rey é Gastiles traian la rezaga.

Etonces pasó por ellas y llegó al Rey, é dijole el mandado de Amadís; y él tomó consigo á Gastiles, é á Grasandor, é á don Brian de Monjaste, é á Trion, é rogó á Agrájes que él se viniese con la gente, y esto hizo por la saña que conocia tener con el rey Lisuarte, é por le no poner en afrenta. Agrájes plogo dello, é como el rey Perion pasó adelante, fuése él deteniéndose con la gente por no haber razon de hablar al rey Lisuarte. El rey Perion llegó con la compañía que vos digo al rey Lisuarte, é como se vieron, salieron entrambos adelante el uno al otro, é abrazáronse con buen talante, é cuan-

do el rey Perion le vió así llagado é mal parado, é las armas despedazadas, dijole: «Paréceme, buen señor, que no partistes del real tan mal trecho como agora vos veo, aunque allá vuestras armas no estovieron en las fundas, ni vuestra persona á la sombra de las tiendas. — Mi señor, dijo el rey Lisuarte, así tove por bien que me viésedes, porque sepais qué tal estaba á la hora que Amadís y estos caballeros me socorrieron.» Entonces le contó todo lo mas de la gran afrenta en que habia estado. El rey Perion hobo muy gran placer en saber lo que sus hijos habian fecho con la buena ventura é honra tan grande que dello se les seguia, é dijo: «Muchas gracias doy á Dios porque así se acabó el pleito, é porque vos, mi señor, seais servido é ayudado de mis hijos y de mi linaje; que ciertamente, como quiera que las cosas hayan pasado entre nosotros, siempre fué y es mi deseo que os acaten é obedezcan como á señor é á padre.» El rey Lisuarte dijo: «Dejemos agora esto para mas espacio; que yo fio en Dios que antes que de en uno nos partamos quedaremos juntos é atados con mucho deudo é amor para muchos tiempos.» Entonces miró é no vió á Agrájes, á quien en mucho tenia, así por su bondad como por el deudo grande de aquellos señores, é porque ya en su voluntad estaba determinado de hacer lo que adelante oiréis, no quiso que rastro de enojo ninguno quedase, que bien sabia cómo Agrájes mas que otro ninguno se agraviaba dél, é publicaba quererle mal, y preguntó por él, y el rey Perion le dijo cómo por ruego suyo habia quedado con las batallas, porque no hobiese el desconcierto que entre la gente mucha suele haber, no habiendo persona á quien teman y que los rija. «Pues hacelde llamar, dijo el Rey; que no partiré de aquí hasta lo ver.»

Etonces Amadís dijo á su padre: «Señor, yo iré por él.» Y esto hizo, porque bien pensó que si por su ruego no viniese, que otro no le traeria; é así lo hizo, que luego se fué donde la gente estaba, é fabló con Agrájes, é dijole todo lo que habian fecho, é cómo habian desbaratado é destruido toda aquella gente, é los presos que tenían, é como viniéndose sin hablar al rey Lisuarte, habia salido tras él, é lo que habian pasado; é que pues aquella enemistad iba tanto al cabo para ser amistad, quedando su honra tan crecida, que le rogaba mucho se fuese con él, porque el rey Lisuarte no queria partir de allí sin le ver. Agrájes le dijo: «Mi señor cohermano, ya sabeis vos que ni saña ni placer no ha de durar mas de cuanto vuestra voluntad fuere, y este acorro que habeis fecho á este rey, quiera Dios que os sea mejor agradecido que los pasados, que no fueron pocos; pero entiendo que la pérdida y el daño sobre él ha venido, que así ha placido á Dios que sea, porque su mal conocimiento lo merecia, é así le acaecerá adelante si no muda su condicion; é pues á vos place que le vea, hágase.» E mandó á la gente que estoviesen quedos fasta que su mandado hobiesen. Así se fueron entrambos, é llegando al Rey, Agrájes le quiso besar las manos, mas él no gelas dió, antes lo abrazó é tóvole así una pieza, é dijo: «¿Cuál ha sido para vos mayor afrenta? ¿estar agora conmigo abrazado ó cuando lo estábamos en la batalla? Entiendo que esta ternéis por mayor.» Todos rieron de aquello que el Rey dijo; é

Agrájes con mucha mesura le dijo: «Señor, mas tiempo será menester para que con determinada verdad pueda responder á esto que me preguntais. — Pues luego bien será, dijo el Rey, que nos vamos á reposar; é vos, mi buen señor, dijo al rey Perion, iréis á ser mi huésped con estos caballeros que con vos vienen, é vuestra gente entren los que cupieren en la villa, é los otros por estos prados podrán albergar, é nosotros aposentarnos hemos en el monesterio, é mandaré que todas las reuas de provision que de mi tierra vienen al real se vengan aquí, porque no falte lo que hobiéremos necesario.» El rey Perion gelo gradecié mucho é dijole que le diese licencia, pues que ya no los habia menester; mas el rey Lisuarte no quiso; antes le afincó tanto y el rey Cildadan con él, que lo hobo de hacer, é así juntos se volvieron al monesterio, donde fueron bien aposentados. Pues allí al rey Lisuarte curaron de sus feridas los maestros que él traia; pero todos no sabian ninguna cosa ante el maestro Elisabat; que este, así el Rey como á todos los otros curó é sanó, que fué maravilla de lo ver; é tambien á Amadís é á algunos de los de su parte, que algunas feridas tenian, aunque no grandes; pero el rey Lisuarte mas estovo de diez dias que de la cama no se levantó, é cada dia estaban allí con él el rey Perion é todos aquellos señores hablando en cosas de mucho placer, sin tocar á cosa que de paz ni de guerra fuese, sino solamente hablando é riendo de Arcalaus, cómo siendo un caballero de baja condicion é no de grande estado, con sus artes habia revuelto tantas gentes como habeis oido; é allí se trajo á la memoria de cómo encantó á Amadís, é cómo prendió al rey Lisuarte, é hobo por grande engaño á su hija Oriana, é murió por su causa Barsinan, señor de Sansueña; é cómo despues fizo venir á los siete reyes á la batalla contra el rey Lisuarte, é cómo tovo al rey Perion, é á Amadís é á don Florestan en la prision, que fueron engañados por su sobrina Dinarda; y despues cómo se escapó de don Galaor y de Norandel, llamándose Branfiles, primo cohermano de don Grumedan, é agora cómo habia tornado á traer al rey Arábigo é aquellos caballeros, é cómo tenia su fecho acabado si se no estorbara por tan gran aventura de se hallar tanto á la mano aquel socorro, é otras muchas cosas que dél contaban en burla, que en poco estovieron de salir de verdad; de las cuales mucho reian.

Estonces don Grumedan, que, como en esta gran historia se vos ha mostrado, en todas sus cosas era un caballero muy entendido en todo, dijo: «Védes aquí, buenos señores, por qué muchos se atreven á ser malos, porque mirando algunas buenas dichas que con sus malas obras el diablo les hace alcanzar, con aquella dulzura que en ella sienten, no se curan ni piensan en las caidas tan deshonradas y peligrosas que dello á la fin les ocurre; que si mirásemos lo que deste Arcalaus habemos dicho, que en su favor contar se puede, á estar agora preso é viejo é manco, á la merced de sus enemigos, é solo bastaba para ser ejemplo que ninguno se desviase del camino de la virtud por seguir aquello que tanto daño y desventura trae; mas, como las virtudes son ásperas de sufrir, é hay en ellas muy ásperos senderos, é las malas obras al contrario; é como todos

naturalmente seamos mas inclinados al mal que al bien, seguimos con toda aficion aquello que mas al presente nos agrada é contenta, é descuidamos de lo que, aunque al comienzo sea áspero, la salida é fin es bienaventurada; é siguiendo mas el apetito de nuestra mala voluntad que la justa razon, que es señora y madre de las virtudes, venimos á caer, cuando mas ensalzados estamos, donde ni el cuerpo ni el alma reparar se pueden, como este malo de malas obras Arcalaus el encantador, lo ha hecho.» Mucho pareció bien al rey Perion lo que este caballero dijo, é por hombre discreto lo tuvo, é mucho preguntó despues por él; que bien conoció que tal caballero como aquel digno y merecedor era de estar cabe los reyes. En este medio tiempo llegó el hombre bueno santo Nasciano, con que todos hobieron gran placer; que así como hasta allí con la discordia todas las cosas á los unos é á los otros con grandes sobresaltos é fatigas del espíritu les habian venido, así agora, tornado todo al revés con la paz, descansaban é reposaban sus ánimos con gran placer. Cuando el buen hombre los vió juntos en tanto amor, donde no habia tres dias que se mataban con tanta crueza, alzó las manos al cielo é dijo: «¡Oh Señor del mundo, que tan grande es la tu santa piedad, é cómo la envias sobre aquellos que algun conocimiento del tu santo servicio tienen! que estos reyes é caballeros aun la sangre no tienen enjuta de las feridas que se hicieron, causándolo el enemigo malo; é porque yo en el tu nombre é con tu gracia les puse en comienzo de buen camino, queriendo ellos haber conocimiento del yerro tan grande en que puestos estaban, tú, Señor, los has traído á tanto amor é buena voluntad qual nunca por persona alguna pensar se pudo. Pues así, Señor, te plega que, permitiendo el cabo é la fin desta paz, yo, como tu siervo y pecador, antes que dellos me parta, los deje en tanto sosiego, que dejando las cosas contrarias al tu servicio, entiendan en acrescentar en la tu santa fe católica.» Este santo hombre ermitaño nunca hacia sino andar de los unos á los otros, poniéndoles delante muchos ejemplos é dotrinas porque siguiesen é diesen buen cabo en aquello en que él les habia puesto; así que, sus duros corazones ponía en toda blandura é razon.

Pues estando un dia todos juntos en la cámara, el rey Lisuarte preguntó al rey Perion de quién habia sabido las nuevas de la gente que fué sobre él. El rey Perion le dijo cómo el doncel Esplandian lo habia dicho á Amadís, y que no sabia mas. Estonces mandó llamar á Esplandian, y preguntóle cómo fué él sabidor de aquella gente. Él le dijo cómo viniendo por mandado del buen hombre su amo á él al real, le falló partido, y que siguiendo su camino, habia visto descender toda la gente de la montaña á la parte donde él iba, y que luego pensó, segun la muchedumbre della, é la poca é mal parada que él llevaba, que se no podía quitar dellos sin mucho peligro; y que luego él é Sargil, á mas correr de sus palafrenes, habian andado toda la noche sin parar, é lo hicieron saber á Amadís. El rey Lisuarte le dijo: «Esplandian, vos me haceis gran servicio, é yo fio en Dios que de mí vos será bien galardonado.» El hombre bueno dijo: «Fijo, besad las manos al Rey vues-

tro señor por lo que vos dice.» El doncel llegó é fincó los hinojos, y besóle las manos; el Rey le tomó por la cabeza, é llególo á sí y besóle en la faz, é miró contra Amadís; é como Amadís tenia los ojos puestos en el doncel y en lo que el Rey hacia, é vió que á tal sazón le miraba, embermejicó el rostro, que bien conoció que el Rey sabia ya todo el fecho dél y de Oriana, y de cómo el doncel era su hijo; é tanto le contentó aquel amor que el Rey á Esplandian mostró, é así lo sintió en el corazon, que le acrecentó su deseo de le servir mucho mas que lo tenia, y eso mesmo fizo al Rey, que la vista é gracia de aquel mozo era tal para su contentamiento, que mientras en medio estoviese no podria venir cosa que les estorbase de se querer é amar. Gasquilan, rey de Suesa, habia quedado en el real, maltrecho de la batalla que con Amadís hobo, é su gente con él, aquella que de las batallas habia escapado; é cuando el rey Lisuarte se partió dél, rogóle mucho que se fuese en andas, é desviado por otro camino, á la mano diestra lo mas que podiese de la montaña, y dejó con él personas que muy bien le guiasen; é así lo fizo, que tomó por una vega ayuso ribera de un rio, el qual metió entre sí é la montaña, é albergó aquella noche so unos árboles, é otro dia andovo su camino, pero de grande espacio; así que, con el rodeo que llevó no pudo ser en Luvaina desos cinco dias; y llegó al monesterio donde los reyes estaban, que no sabia nada de lo pasado, é cuando gelo dijeron fué muy triste, por estar en disposicion de no se hallar en cosa tan señalada; é como era muy follon é soberbio, decia algunas cosas, quejándose con grande orgullo, que los que lo oian no lo tenian á bien.

Como el rey Perion y el rey Cildadan é aquellos señores supieron de su venida, salieron á él á la puerta del monesterio, donde en sus andas estaba, é ayudáronle á descender dellas, é caballeros le tomaron en sus brazos y lo metieron donde el rey Lisuarte estaba echado, que así gelo envió á él á rogar; é allí en la cámara donde el Rey estaba le hicieron otra cama, donde le pusieron. Estando allí Gasquilan, miró á todos los caballeros de la insola Firme, é viólos tan fermosos é tan bien tallados é guarnidos de atavíos de guerra, que á su parecer nunca habia visto gente que tan bien le pareciese, y preguntó cuál de aquellos era Amadís, é mostráronle; é como Amadís vió que por él preguntaba, llegóse á él, teniendo por la mano al rey Arban de Norgales, é dijo: «Mi buen señor, vos seais muy bien venido, é mucho me pluguiera de vos hallar sano mas que así como estáis; que en tan buen hombre como vos sois, mal empleado es el mal; mas placera á Dios que presto habréis salud, y lo que con desamor entre vos é mí hobo, con buenas obras será emendado.» Gasquilan, como le vió tan fermoso é tan sosegado é con tanta cortesía, si no conociera tanto de su bondad, así por oidas como por lo haber probado, no lo toviera en mucho; que á su parecer mas aparejado era para entre dueñas é doncellas que entre caballeros é autos de guerra; que, como él fuese valiente de fuerza é corazon, así se preciaba de lo ser en la palabra, porque tenia creído que el que muy esforzado habia de ser, en todo era necesario que lo fuese, é si algo dello le falta-

se, que le menoscababa en su valor mucho, y por esto no tenia él por tacha ser soberbio, antes dello se preciaba mucho, en lo qual si engaño recebia, quien quiera lo puede juzgar; y respondió á Amadís, é dijole: «Mi buen señor Amadís, vos sois el caballero del mundo que yo mas ver deseaba, no para bien vuestro niño, antes para me combatir con vos hasta la muerte; é si lo que agora con vos me avino os aviniera conmigo, é aquello que de vos recibí recibierades de mí, demás de me tener por el mas honrado caballero del mundo, cobrara por ello el amor de una señora que yo mucho amo é quiero, por mandamiento de la qual vos demandé hasta agora; é así me avino que no sé cómo ante ella parecer pueda; así que, mi mal mucho mas es lo que se no ve que lo que es claro é público á todos.» Amadís, que esto oia, le dijo: «Deso de vuestra amiga os debe mucho pesar; asimismo lo hace á mí, que de todo lo que se ganara en me vencer no debeis tener mucho cuidado; que, segun los vuestros hechos son tan grandes é famosos por todo el mundo, y tan señalados en armas, no ganárades mucho en sobrar á un caballero de tan poca nombradía como lo yo soy.»

Entonces el rey Cildadan dijo al rey Lisuarte, riendo: «Mi señor, bien será que echeis el baston entre estos dos caballeros;» y fuése en placer para ellos, y metiólos en otras burlas. Así estovieron estos reyes é caballeros en el monesterio, muy viciosos de todo lo que habian menester; que, como el rey Lisuarte estoviese en su tierra, fizo allí traer muchas viandas, tan abundantemente, que á todos daba gran contentamiento. El rey Perion le rogó muchas veces que le dejase con la gente ir á la insola Firme, y que luego faria allí venir los dos caballeros, como estaba acordado entre ellos; mas el rey Lisuarte nunca lo quiso hacer, é dijole que pues Dios le habia allí traído, que en ninguna manera por su voluntad le dejaria ir hasta que todo fuese despachado. Así que, el rey Perion hobo empacho de mas gelo rogar, é así aguardó á ver en qué pararia aquella tan buena voluntad que el rey Lisuarte mostraba. Arquisil habló con Amadís, diciendo que qué le mandaba hacer en su prision; que presto estaba de cumplir la promesa que le tenia hecha. Amadís le dijo que él hablaria con él así en aquello como en otras cosas que habia pensado, y que á la mañana, en oyendo misa, hiciese traer su caballo, que en el campo le queria hablar; lo qual así se fizo, que luego otro dia cabalgaron en sus caballos, é salieron paseando al derredor de la villa, y cuando de todos fueron alongados, Amadís le dijo: «Mi buen señor, todos estos dias pasados que aquí he estado os quisiera hablar, y con la ocupacion que habeis visto no he podido; agora, que tenemos tiempo, quiero deciros lo que tengo pensado de vos. Yo sé que, segun la línea derecha de vuestra sangre, que muerto el emperador de Roma, como lo es, no queda en todo el imperio ningun derecho sucesor ni heredero sino vos, y tambien sé que de todos los del señorío sois muy amado, é si de alguno no lo érades, no fué sino de aquel vuestro pariente emperador, que la envidia de vuestras buenas maneras le daban causa á que su mala condicion vos desamase; y pues el negocio es venido en tal estado, gran razon seria que se tomase

cuidado de una cosa de tan gran hecho como esta. Vos teneis aquí los mas é los mejores caballeros del señorío de Roma, é yo tengo en la insola Firme á Brondajel de Roca, é al duque de Ancona, é al arzobispo de Talancia, con otros muchos que en la mar fueron presos; yo enviaré luego por ellos, é fablemos en ello; é antes que de aquí partan se tenga manera como vos juren por su emperador, é si algunos vos lo contrallaren, yo vos ayudaré á todo vuestro derecho; así que, buen amigo, pensad é trabajad en ello; conoced el tiempo que Dios vos da, é por vuestra culpa no se pierda.» Cuando Arquisil esto le oyó, ya podeis entender el placer que dello habia; que no esperaba sino que le queria mandar tener prision en algun lugar donde por gran pieza de tiempo salir no podiese, é díjole: «Mi buen señor, no sé por qué todos los del mundo no procuran por vuestro amor é conocencia, é no son en crecer vuestra honra y estado; y de mí vos digo que agora podiéndose hacer lo que decis ó no se haciendo, como quiera que la ventura lo traiga, nunca seré en tiempo que esta merced é gran honra que de vos recibo no lo pague hasta perder la vida; é si gracias podiesen bastar á tan gran beneficio, darlas hia; pero ¿cuáles pueden ser? Por cierto no otra sino mi persona misma, como lo he dicho, con todo lo que Dios é mi dicha me podiere dar, é desde agora deo en vuestras manos todo mi bien é honra; pues tan bien lo habeis dicho, dalde cabo; que mas es vuestro que mio lo que se ganare. — Pues yo lo tomo á mi cargo, dijo Amadís, é con ayuda de Dios vos iréis de aquí emperador ó yo no me ternia por caballero.» Con esto se partieron de su habla, é Amadís le dijo: «Antes que al monesterio volvamos, entremos á la villa, é mostrarvos he el hombre del mundo que peor me quiere.»

Así entraron en Luvaina, é fuéronse á la posada de don Gandáles, donde tenia presos al rey Arábigo é á Arcalaus é los otros caballeros que ya oistes; é como en ella entraron, fuéronse luego á la cámara donde el rey Arábigo é Arcalaus solos estaban, é halláronlos vestidos é sentados en una cama, que desde fueron presos nunca se quisieron desnudar, é Amadís conoció luego á Arcalaus, é díjole: «¿Qué faces, Arcalaus?» Y él le dijo: «¿Quién eres tú, que lo preguntas? — Yo soy Amadís de Gaula, aquel que tú tanto deseabas ver.» Entonces Arcalaus le miró mas que de antes, é díjole: «Por cierto, verdad dices; que aunque la distancia del tiempo ha sido larga, en que te no he visto, la memoria no pierde de conocer ser tú aquel Amadís que yo tove en mi poder en el mi castillo de Balderin, é aquella piedad que de tu tierna juventud y desa gran hermosura entonces hobe, aquella despues por luengos tiempos me ha puesto en muchas é grandes tribulaciones, hasta que en el cabo me ha traído en tal estrecho, que me conviene demandarte misericordia.» Amadís le dijo: «Si la yo hobiese de tí, ¿cesarias de facer aquellos grandes males é cruexas que hasta aquí has fecho? — No, dijo él; que ya la edad, tan luengamente habituada en ello, por su voluntad no se podria retraer de lo que tanto tiempo por vicio ha tenido; mas la necesidad, que es muy duro é fuerte freno para hacer mudar toda mala costumbre de buena en mala, é de

mala en buena, segun sobre la persona é causa que viene, me faria hacer en la vejez aquello que la juventud é libertad no quisieron ni podieron. — Pues ¿qué necesidad te podria yo poner, dijo Amadís, si libre é suelto te dejase? — Aquella, dijo Arcalaus, que por la sostener é acrecentar he hecho mucho mal á mi conciencia y fama, que es mis castillos, los cuales te mandaré dar y entregar con toda mi tierra, é no tomaré dello mas de lo que por virtud darne quisieres, porque al presente no me puedo en otra cosa poner, y podrá ser que esta tan gran premia é la bondad tuya grande harán en mí aquella mudanza que fasta aquí la razon no ha podido hacer en ninguna suerte.» Amadís le dijo: «Arcalaus, si alguna esperanza tengo que tu fuerte condicion será emendada, no es otra, salvo el conocimiento que tienes, en te tener por malo y pecador; por ende esfuérzate é toma consuelo, que podrá ser que esta prision del cuerpo, en que agora estás é tanto temes, será llave para soltar tu ánima, que tan encadenada y presa tanto tiempo has tenido.» É Amadís queriéndose ir, le dijo Arcalaus: «Amadís, mira este rey sin ventura, que poco há que estaba muy cercano de ser uno de los mayores principes del mundo; y en un momento la mesma fortuna, que para ello le fué favorable, aquella le ha derribado y puesto en tan cruel cativerio. Séate en ejemplo á tí é á todos los que honra é grande estado tienen ó desean, é quiérote traer á la memoria que en los fuertes ánimos é corazones consiste el vencer y perdonar.» Amadís no le quiso responder, pues que le tenia preso, que bien hacia contra él esta razon; que aunque por armas é sus encantamientos habia vencido á muchos, nunca supo á ninguno perdonar; pero por eso no dejó de conocer que habia dicho hermosa razon.

Así se salieron él é Arquisil de la cámara, é cabalgaron en sus caballos, é fuéronse al monesterio, y luego Amadís mandó llamar á Ardian, el su enano, é mandóle que fuese á la insola Firme, é dijese á Oriana é á aquellas señoras todo lo que habia visto; é dióle una carta, para Isanjo, que luego le enviase allí á buen recaudo á Brondajel de Roca é al duque de Ancona y al arzobispo de Talancia, con todos los otros romanos que allí presos estaban, lo mas presto que venir podieren. El Enano hobo mucho placer en llevar esta nueva, porque della esperaba gran honra é mucho provecho; é cabalgó luego en su rocín, é andovo de dia y de noche, sin mucho parar, tanto, que llegó á la insola Firme, donde nada de esto postrimero se sabia; que Oriana no habia habido otras nuevas sino de las dos batallas, y de cómo Nasciano, el santo ermitaño, los tenia en tregua; é cómo era muerto el emperador de Roma, de lo cual no poco placer hobo; mas de las cosas de allí adelante no supo cosa alguna, antes siempre estaba con mucha angustia, pensando que aquel hombre bueno Nasciano no bastaria á poner paz en tan gran rotura, é nunca hacia sino rezar é facer muchas devociones é romerías por las iglesias de la insola, é rogar á Dios por la paz é concordia dellos; é como el Enano llegó, fuése luego derechamente á la huerta donde Oriana posaba, é dijo á una dueña que la puerta guardaba, que dijese á Oriana cómo estaba allí y le traia

nuevas. La dueña gelo dijo, é Oriana le mandó entrar; mas esperando qué diria, no tenia el corazon asesegado, antes con gran sobresalto, porque no las podia oír sino á provecho de la una parte é daño de la otra, y como de un cabo toviese á su amigo Amadís y del otro al Rey su padre, aunque el daño de Amadís temiese tanto, que ser mas no podria, de cualquiera que á su padre viniese habria mucho dolor; é como el Enano entró, dijo contra Oriana: «Señora, albricias os demando, no como quien yo soy, mas como quien vos sois é las grandes nuevas que os traigo.» Oriana le dijo: «Ardian, mi amigo, segun tu semblante, bien va á la parte de tu señor; mas dime si mi padre es vivo.» El Enano dijo: «¿Cómo, Señora, si es vivo? Es vivo é sano, é mas alegre que lo nunca fué.— Ay, santa María! dijo Oriana, dime lo que sabes; que si Dios me da algun bien, yo te haré bienaventurado en este mundo.»

Entonces el Enano le contó todo el fecho como habia pasado; é cómo el Rey su padre, estando en punto de perder la vida, vencido y encerrado de sus enemigos, sin ningun remedio, que el doncel muy hermoso Esplandian lo hizo saber á Amadís, é cómo luego partió con la gente, é todas las cosas que le acaecieron en el camino, á lo cual él habia sido presente; y cómo llegó Amadís á la villa, y de la manera que el Rey su padre estaba, y cómo en su llegada todos sus enemigos fueron destruidos, muertos y presos; y preso el rey Arábigo, é Arcalaus el Encantador, é Barsinan, señor de Sansueña, y el duque de Bristoya; y despues cómo el Rey su padre salió tras Amadís, que sin le ver se tornaba; é cómo llegó el rey Perion; finalmente, le contó todo lo pasado y de cómo estaban en aquel monesterio con mucho placer todos juntos, como aquel que lo habia visto. Oriana, que de oirlo estaba como fuera de sentido, de gran placer que habia, fincó los hinojos en tierra é alzó las manos, é dijo: «¡Oh, Señor poderoso, reparador de todas las cosas! el tu santo nombre sea bendito; y como tú, Señor, seas el justo juez, é sabes la gran sinrazon que á mí se me hace, siempre tove esperanza en la tu misericordia, que con mucha honra mia y de los que de mi parte fuesen, se habia de atajar este negocio! Y bendito sea aquel muy hermoso doncel que de tanto bien fué causa, y que así quiso hacer verdadera la profecía de Urganda la Desconocida que dél escribió, por donde se puede y debe creer todo lo al que se dijo; é yo soy muy obligada de lo querer é amar mas que ninguno pensar puede, y de le galardonar la buena ventura que por él me viene.» Todas pensaban que por haber sido causa de aquel socorro que á su padre el Rey hizo lo decia, pero lo secreto salia de las entrañas, como de madre á hijo. Entonces se levantó, é dijo al Enano si se volveria luego. El dijo que sí; que Amadís le habia mandado que despues que aquellas nuevas dijese á ella é aquellas señoras que allí estaban, diese una carta á Isanjo, que le traia, en que le mandaba que luego le enviase los romanos que allí tenia presos. «Pues Ardian, mi amigo, dijo Oriana, dime, qué goces, que se dice allá que querrán facer. — Señora, dijo él, yo no lo sé por cierto, sino que el Rey vuestro padre de-

tiene al rey Perion é á mi señor, é á todos los señores é caballeros que de aquí fueron, é dice que no quiere que de allí se vayan fasta que todo sea despachado con mucha paz que entre ellos quedé. — Así plega á Dios que sea,» dijo Oriana. Entonces le preguntaron la reina Briolanja é Melicia, que estaban juntas, que les dijese de aquel muy hermoso doncel Esplandian qué tal era, y en qué habia tenido el rey Lisuarte aquel gran servicio que le fizo; y él les dijo: «Buenas señoras, estando yo con Amadís en la cámara del Rey, vi llegar á Esplandian á le besar las manos por las mercedes que le prometia, é vi cómo el Rey le tomó con sus manos por la cabeza y le besó los ojos, y de su hermosura os digo que, aunque él es hombre é vosotras presumis de muy hermosas, si delante dél os falládesdes asconder os hiades y no osariades parecer. — Por esto está bien, dijeron ellas, que estemos aquí encerradas, donde no nos verán. — No cureis desó, dijo él; que él es tal, que aunque mas encerradas estéis, vosotras y todas las que hermosas son saldréis á lo buscar.» Mucho rieron todas con las buenas nuevas que oian, é con lo que el Enano respondió.

Oriana miró á la reina Sardamira, é díjole: «Reina, señora, alegradvos, que aquel señor que ha dado remedio á los que aquí estamos, no querrá que vos quedéis olvidada.» La Reina dijo: «Mi señora, tal esperanza tengo yo en él y en vos que miraréis por mi reparo, aunque no os lo merezca.» Entonces preguntó al Enano qué tales habian quedado aquellos desdichados é sin ventura romanos que con el rey Lisuarte estaban. Él dijo: «Señora, así dellos como de los otros faltan muchos, é los que son vivos están mal llagados; mas despues de la muerte del Emperador, é Floyan é Costancio, no falta ningun hombre de cuenta dellos; que yo vi bueno á Arquisil, é hablar mucho con mi señor Amadís; é Flamíneo, vuestro hermano, queda ferido, pero no mal, segun se decia.» La Reina dijo: «A Dios plega que, pues en los muertos no hay remedio, que lo haya en los vivos, y les dé gracia que no curando de las cosas pasadas, queden amigos é con mucho amor en lo presente é porvenir.» El Enano dijo á Oriana si mandaba algo; que queria ir á recaudar el mandado de su señor. Ella dijo que, pues no trajera carta, que le encomendase mucho al rey Perion é Agrájes é á todos aquellos caballeros. Con esto se fué á Isanjo é le dió la carta de Amadís, é como vió lo que por ella mandaba, sacó luego de una torre aquellos señores de Roma por quien enviaba, é dióles bestias é un hijo suyo, é otras personas que los llevasen é guiasen, é les hiciesen llevar viandas é todas las cosas que hobiesen menester; é soltó todos los otros que estaban presos, que serian hasta docientos hombres, y enviólos á Amadís. Así andovieron por su camino fasta que llegaron al monesterio donde el rey Lisuarte estaba, é besáronle las manos, y el Rey los recibió con mucho placer, aunque otra cosa en lo secreto sintiese, por no les dar mas congoja que en sí tenían. Mas cuando vieron á Arquisil no podieron excusar que las lágrimas no les vinieron á los ojos así á ellos como á él. Amadís les habló con mucha cortesía y los alegró mucho é llevó á su aposentamiento, donde dél recibieron mucha honra é

consolacion. Pues allí llegados, despues que del camino algo descansaron, Amadís se apartó con ellos sin Arquisil, é díjoles: «Buenos señores, yo vos fice aquí venir porque me pareció que, segun las cosas van á buen fin, que es cosa muy razonable que estoviédes presentes á todo lo que se hará; que de hombres tan honrados con mucha razon se debe hacer cuenta, é tambien por vos hacer saber cómo yo tengo palabra de Arquisil, como creo que habréis oído, que terná prision donde por mí le fuere señalada; é conociendo el gran linaje donde viene y la nobleza suya, que le acarrea á merecer muy gran merecimiento, acordé de vos hablar, pues que en el imperio de Roma no vos queda quien con tanto derecho como este caballero lo deba haber, que se tenga manera como, así por vosotros como por todos los que aquí se fallan, sea jurado é tomado por señor; y en esto haréis dos cosas: la primera cumplir con lo que obligados sois en dar el señorío á cuyo es de derecho, é caballero tan cumplido en todas bondades, y que muchas mercedes vos hará; y la otra, que en cuanto á la prision suya y vuestra, yo habré por bien de os dejar libres, que sin entretanto alguno vos podais ir á vuestras tierras, é siempre vos seré buen amigo mientras vos ploguiere; que yo precio mucho á Arquisil y le tengo gran amor, tanto como á hermano verdadero, é así gelo guardaré, si por él no se pierde en esto que vos he hablado y en todo lo á que le tocara.»

Oído esto por aquellos señores romanos, rogaron á Brondajel de Roca, que era muy principal é muy razonador entre ellos, que le respondiese; el cual le dijo: «En mucho tenemos, señor Amadís, vuestra graciosa habla, é mucho vos debe ser gradecida; pero como este hecho sea tan crecido, é para ello es menester el consentimiento de muchas voluntades, no podríamos así al presente responder, hasta que con los caballeros que aquí son se platique, porque aunque de muchos de los que aquí vienen no se hace cuenta, muy principales son para esto que, Señor, nos decis, porque en nuestra tierra tienen muchas fortalezas é ciudades é villas del imperio, é otros oficios de comunidades que tocan mucho á la eleccion del imperio; y por esto, si vos ploguiere, nos daréis lugar que veamos á Flamíneo, que es un caballero muy honrado, que nos han dicho que está ferido, y en su presencia serán por nosotros todos llamados, y se vos podrá dar deliberadamente la respuesta.» Amadís lo tovo por bien, y les dijo que respondian como caballeros cuerdos é lo que debian, é que les rogaba, porque creia que su partida de allí seria breve, no hobiese dilacion. Ellos le dijeron que así se haria, que la tardanza seria para ellos mas grave. Pues luego cabalgaron todos tres, y se entraron en la villa, que ya de los muertos estaba desembargada; que el rey Lisuarte mandó venir desas comarcas muchas gentes que los enterraron; é como llegaron á la posada donde Flamíneo estaba, descabalgaron y entraron en su cámara, é como se vieron fueron muy ledos en sus voluntades, aunque los continentes muy tristes por la gran desventura que les habia venido; y luego le dijeron cómo era menester que hiciese llamar todos los alcaides y personas se-

ñaladas que habian quedado vivos de los que allí estaban, porque era necesario que sopiesen una habla que Amadís les habia hecho, en que estaba su deliberacion ó prision para siempre. Flamíneo los mandó llamar, y venidos los que venir pudieron, estando juntos, Brondajel de Roca les dijo: «Honrado caballero Flamíneo, é vosotros, buenos amigos, ya sabeis las malas dichas é grandes fortunas que sobre todos los de Roma son venidas despues que por mandado de nuestro emperador, que Dios perdona, venimos en esta isla de la Gran Bretaña, y porque tan notorias son á vosotros, será excusado repetirlas agora. Nosotros estando presos en la insola Firme, Amadís de Gaula tovo por bien de nos hacer venir aquí donde nos veis, el cual con mucho amor y buena voluntad nos ha traído é hecho muchas honras, y nos ha hablado largamente, diciendo que, pues nuestro imperio romano está sin señor, y de derecho mas que á otro alguno le viene la posesion dél á Arquisil, que él será agradable en que por vosotros é nosotros sea por señor y emperador tomado, y que no solamente nos dará por libres de la prision que sobre nosotros tiene, mas que nos será fiel amigo é ayudador en todo lo que menester le hobiéremos; y pareciónos, segun el aficion á esto que vos decimos mostró, que tiene por dicho que si con voluntad de nosotros se hiciese, que nos dará las gracias que oistes, é si no, de se poner con sus fuerzas para que por otra via se haga. Así que, buen señor, é vos, buenos amigos, ese es lo para que aquí fuistes llamados; é porque vuestras voluntades se determinen, sabiendo las nuestras, es mucha razon que se vos declaren; lo cual es, que hemos platicado entre nos mucho sobre esto, y hallamos que lo que este caballero Amadís nos pide y ruega, es lo que nos habiamos con mucha aficion de rogar y pedir á él; porque, como sabeis, aquel tan gran señorío de Roma no puede estar sin señor. Pues ¿quién mas por derecho, por esfuerzo, por virtudes, que este Arquisil lo merece? Por cierto, á mi ver, ninguno. Este es nuestro natural, criado entre nosotros, sabemos sus buenas costumbres é maneras. A este sin empacho podemos pedir por fuero lo que, seyendo derecho, otro por ventura que extraño fuese nos lo negaría; demás desto, ganamos en amistad á este famoso caballero Amadís, que así como seyendo enemigo tanto poder tovo de nos dañar, seyendo amigo, con aquel mismo mucha honra é bien nos puede hacer, y enmendar todo lo pasado. Agora decid lo que vos place, é no mireis á nuestra prision ni fatiga, sino solamente á lo que la razon é justicia os guiare.»

Como las cosas justas é honestas tengan tanta fuerza, que aun los malos sin gran empacho negar no las puedan, así estos caballeros, como personas discretas y de buen conocimiento, veyendo ser mucho justo é á lo que eran obligados lo que aquel caballero Brondajel de Roca dijo, no le pudieron contradecir, aunque, como siempre acaece en las muchas voluntades haber diversas discordias, tantos hobo allí que á la razon miraron é siguieron, que los que otra cosa quisieran no hobo lugar su deseo; é todos juntamente dijeron que así como Amadís lo demandaba se hiciese, é con su emperador se tornasen á sus casas sin se mas detener en aque-

llas tierras donde mal andantes habian sido, é que á ellos, como á muy principales, dejaban á cargo de lo que Arquisil habia de jurar é prometer. Y con este asiento se tornaron á Amadís al monesterio, é dijéronle todo lo que estaba concertado, de que hobo gran placer. Pues finalmente, juntos todos los caballeros é grandes señores de los romanos, é las otras gentes mas bajas del imperio, dentro en la iglesia juraron á Arquisil por su emperador, y le prometieron vasallaje, y él les juró todos sus fueros é costumbres, y les hizo é dió todas las mercedes que con razon le pidieron.

Así que, por esto podemos decir que algunas veces vale mas ser sojuzgados é apremiados de los buenos fuera de nuestra libertad, que con ella servir é obedecer á los malos; porque de lo bueno, bueno se espera en la fin, sin dubda en ello poner; y de lo malo, aunque algun tiempo tenga flores, al cabo han de ser secas con las raíces; donde procede que este Arquisil fué criado con hombre de su sangre, que fué el emperador Patin, al cual muchos señalados servicios hizo en honra de su corona imperial, y en lugar de haber conocimiento dellos, le trajo desviado, casi desterrado é maltratado de donde él estaba, temiendo que la virtud é buenas mañas deste caballero por donde habia de ser querido é amado, y hechas muchas mercedes, le habia de quitar el señorío; y seyendo preso de su enemigo, donde no esperaba gracia ni honra ninguna, antes todo al contrario deste, por ser tan diverso y acabado en la virtud que al otro fallecia, le vino aquella tan gran honra, tan gran estado como ser emperador de Roma, en lo cual deben tomar todos ejemplo é llegarse á los virtuosos y cuerdos, porque de lo bueno su parte les alcance, y apartarse de los malos, escandalosos, envidiosos, de poca virtud y de muchos vicios, porque así como ellos dañados no sean.

## CAPITULO XXXVII.

Cómo el rey Lisuarte fizo juntar los reyes é grandes señores é otros muchos caballeros en el monesterio de Luvaina, que allí con él estaban, y les dijo los grandes servicios é honras que de Amadís de Gaula habia recibido, y el galardón que por ellos le dió.

Así como habeis oído fué tomado por emperador de Roma este virtuoso y esforzado caballero Arquisil á causa de su buen amigo Amadís de Gaula. Agora cuenta la historia que todos estos reyes, príncipes é caballeros estovieron muy viciosos á su placer en aquel monesterio y en la villa de Luvaina, fasta que el rey Lisuarte fué en mejor disposicion de salud é se levantó de la cama, é otros muchos de sus nobles caballeros que heridos habian estado, curando dél y dellos aquel maestro grande Elisabat; é como así el rey Lisuarte se viese, hizo un día llamar á los reyes é grandes señores de ambas partes, é junto con ellos en la iglesia de aquel monesterio, les dijo: «Honrados reyes é famosos caballeros, muy excusado me parece traer os á la memoria las cosas pasadas, pues que así como yo las habeis visto, en las cuales si atajo no se diese, los vivos que somos de los muertos iguales nos haríamos; pues dejándolas aparte, conociendo el gran daño que así al servicio de Dios como á nuestras personas y estado ocurriera en

ellas procediendo, he detenido al noble rey Perion de Gaula é á todos los príncipes é caballeros de su parte, para que en presencia suya é vuestra se diga lo que oiréis.» Entonces volviéndose á Amadís, le dijo: «Esforzado caballero Amadís de Gaula, segun la fin é propósito de mi habla, fuera de mi condicion, que es no loar á ninguno en presencia, y de vuestro querer, que siempre dello empacho rescibe, me será forzado delante destes reyes é caballeros reducir á sus memorias las cosas pasadas entre vos é mí desde el día que en mi corte quedastes por caballero de la reina Brisena, mi mujer; é aunque á todos ellos sean notorias, veyendo que así como ellas pasaron por mí son conocidas, ternan á bien é á honesta causa el galardón que á su merecimiento por mí se quiere dar. Ciertamente estando vos en mi casa despues que vencistes á Dardan el soberbio, é habiéndome traído para mi servicio á vuestro hermano don Galaor, que fué el mayor don que nunca á rey se hizo, yo fui enhartado, é mi hija Oriana, por este malo Arcalaus el encantador, é así ella como yo presos, sin que de todos mis caballeros podiese ser defendido ni socorrido, constreñidos á guardar mi palabra, que gelo defendió, donde teniamos ella é yo en peligro de muerte y de cruel prision las personas, é mis reinos en aventura de ser perdidos. Pues á este tiempo, viniendo vos é don Galaor de donde la Reina vos habia enviado, sabiendo en el estado que mi hacienda estaba, poniendo entrambos vuestras vidas en el punto de la muerte por remediar las nuestras, fuimos remedados é socorridos, mis enemigos los que presos nos llevaban muertos y destrozados; y luego por vos fué socorrida la Reina mi mujer, y muerto Barsinan, padre deste señor de Sansueña, que la tenia cercada en la mibidad de Lóndres. De manera que, así como con mucho engaño y gran peligro fui preso, así con mucha honra y seguridad mia y de mis reinos por vos fui restituido.

»Esto pasado, dende algun espacio de tiempo fué aplazada batalla entre mí y el rey Cildadan, que presente está, de ciento por ciento caballeros, y antes que á ella viniésemos vos me quitastes de mi estorbo á este caballero don Cuadragante y á Famongomadán, é Basagante, su hijo, los dos mas bravos y fuertes jayanes que en todas las insolas de la mar habia, y les tomastes á mi hija Leonoreta con sus dueñas y doncellas, é diez caballeros de los buenos de mi mesnada, que los llevaban presos en carretas, donde con todo mi poder nunca la podiera cobrar; pues segun la gente que el rey Cildadan á la batalla trajo, así de fuertes jayanes como de otros muy valientes caballeros, si por vos no fuera, que de un golpe matastes al fuerte Sarmadan el leon, y de otro me librástes de las manos de Madanfabul, el jayan de la Torre Bermeja, que desapoderado de todas mis fuerzas, sacándome de la silla, debajo el brazo me llevaba á meter en sus barcas, y por otras muchas cosas famosas que en la batalla fecistes, conocido es que no hobiera yo la vitoria é gran honra que allí hobe. Pues junto con esto, vencistes aquel muy valiente y famoso en todo el mundo Ardan Canileo el dudado, por donde mi corte fué muy honrada en se fallar en ella lo que en ninguna de las qu'él andovo pudo hallar;